

Nacionalismo Mexicano, algunas aproximaciones¹

Mexican Nationalism, some approaches

Israel León O'Farrill

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

leonofis@yahoo.com.mx

Resumen

En el presente artículo se realiza un análisis de los principales argumentos teóricos en torno al concepto de nacionalismo, tanto a partir de la postura *modernista*, como de la *histórico culturalista*, y se contrastan con los estudios realizados por investigadores de lo mexicano, para llegar a comprender lo que se ha dicho y las diferentes posturas que existen sobre el nacionalismo mexicano. El centro del debate es el concepto de Estado- nación y su injerencia en el desarrollo de identidades colectivas; a la vez, la cultura como elemento integrador de dichas identidades. De ese contraste busco dilucidar la manera en que se constituyó el nacionalismo mexicano, entender sus contenidos y explicar lo que está detrás del fenómeno.

Palabras clave: Nacionalismo; México; Teoría; Análisis

Abstract

In this article I analyse the prime theoretical arguments around the nationalism concept, from the modernist position, as well as the historic-culturalist, and contrast them with the studies of specialists of Mexican issues, to understand what has been said about Mexican nationalism. At the very core of the debate, lies the State- nation concept, and it's interference in the development of collective identities; also, culture as an integration agent of those identities. From that contrast, I seek to dilucidate the way Mexican nationalism was built, explain it's contents and what's behind the phenomenon.

Keywords: Nationalism; Mexico; Theory; Analysis

Introducción

La Globalización como proceso totalizador ha generado cambios fundamentales en la forma de concebir a las naciones y, por supuesto, la manera en que se relacionan entre sí. Ha significado cambios en lo económico, en lo político y en lo social de manera tal que difícilmente se puede entender el complejo entramado actual sin considerar ciertas perspectivas regionales. Pero, ¿qué sucede con los ámbitos locales? ¿Qué sucede con los llamados Estados nacionales? ¿Existen todavía o es pertinente ahora vaticinar su total desmantelamiento para concebir bloques enteros de interdependencia económica y cultural? El llamado nacionalismo, principio político que en situación avanzada y con la ayuda de ciertos factores (tales como la idea de nación, estado, territorio y cultura), puede lograr la cohesión de grandes grupos sociales en torno a proyectos políticos o a movimientos militares, se transforma en el centro de discusión ante las tendencias globalizantes en el mundo. Elementos como la identidad, la pertenencia, la

¹ El presente artículo forma parte de una investigación mayor dirigida a comprender la forma en que la "Literatura Indigenista" apoyó a la formación del nacionalismo en nuestro país. "La novela Indigenista como elemento fundamental para la formación del nacionalismo post revolucionario en México. Caso a analizar: Canek de Ermilo Abreu Gómez." Misma que presenté como tesis de grado en la Maestría de Historia de México en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

tenencia de la tierra, soberanía, lengua, credo, e incluso, raza, son revalorados en algunos casos para sustentar elites políticas; en otros, han sido negados y sistemáticamente transformados para soportar proyectos económicos en aras de una unificación de criterios y contenidos que habrán de ser para un bien mayor.

Aproximación Teórica

Numerosos estudios se han realizado en las últimas décadas del siglo XX y en los primeros años del XXI con el objeto de definir al nacionalismo, así como para buscar entenderlo y ubicarlo en el momento que nos ha tocado vivir (Gellner, Ernest, 1983/1991; Hastings, Adrian, 2000; Vizcaíno, Fernando, 2004). Algunos de ellos, intentan explicar el concepto a partir de las propias experiencias europeas, dejando de lado desarrollos de otras latitudes. Éstos, tienden a centralizar el nacionalismo, entendiéndolo como un proceso derivado de la industrialización, o de proyectos expansionistas como los colonialistas del siglo XIX y del XX; por supuesto, la idea de colonizador – conquistador se impone sobre la de colonia – conquistado. Tal verticalidad teórica resulta de poca ayuda para entender una buena cantidad de fenómenos nacionalistas a lo largo del globo.

Otros estudios, sin embargo, tienden a ver el fenómeno de manera más local, y a situar el análisis en las experiencias concretas de una región, explicando sus complejas relaciones, orígenes y posibles implicaciones. Centran su atención en estados nación constituidos a partir del siglo XIX como resultado de procesos de liberación e independencia, estudiando sus orígenes enraizados tanto en un pasado previo a la Colonia, como en la vida colonial.

Iniciaremos con uno de los ya clásicos en cuanto a estudios de nacionalismo se refiere, y uno de los más tratados, enfrentados y criticados en posteriores investigaciones: Ernest Gellner lanzó en los años ochenta del siglo pasado un estudio llamado *Naciones y Nacionalismo* (1983/1991) con el que pretendía explicar el fenómeno desde una visión en apariencia integradora. Primero, el estudio aborda las definiciones de rigor y centra su atención en el carácter político del nacionalismo y su relación congruente con la unidad nacional (Gellner, 1983/1991, p.13). Para Gellner habría dos elementos básicos dentro de la expresión del nacionalismo:

Ya sea como sentimiento, ya como movimiento, la mejor manera de definir el nacionalismo es atendiendo a este principio. Sentimiento nacionalista es el estado de enojo que suscita la violación del principio o el de satisfacción que acompaña a su realización. Movimiento nacionalista es aquel que obra impulsado por un sentimiento de este tipo (Gellner, 1983/1991, p.13).

Dichos principios se añaden a la idea de que el nacionalismo es resultado de una planeación política emanada de la creación necesaria de un estado que para efectos definitorios, Gellner, siguiendo los preceptos de Max Weber, supone sea la institución encargada del ejercicio legítimo de la violencia (1983/1991, p. 15). Aunque más adelante en su estudio considera que la anterior definición no agota las posibilidades del estado, y abunda en ejemplos de estados donde el ejercicio de la violencia no se lleva a cabo necesariamente de esta manera, concluye al final que:

No todas las sociedades están provistas de un estado. De ello se sigue inmediatamente que el problema del nacionalismo no surge en sociedades

desestatizadas. Si no hay estado, nadie, evidentemente, puede plantearse si sus fronteras concuerdan o no con los lindes de las naciones. Si no hay dirigentes, no habiendo estado, nadie puede plantearse si pertenecen o no a la misma nación que los dirigidos. Cuando no hay ni estado ni dirigentes, nadie puede sentirse frustrado por no satisfacer las necesidades del principio nacionalista. (Gellner, 1983/1991, p.17).

De tal suerte, que el hecho mismo del Estado es condición *sine qua non* de la existencia del nacionalismo debido a que, de acuerdo a este razonamiento, es necesaria la acción de una elite que defina el contenido del mismo, que lo transmita a una sociedad de la que forma parte, y por tanto, que detente en cierta medida el uso legítimo de la fuerza. Para explicar lo anterior, Gellner realiza un análisis que en capítulos posteriores de su estudio habrá de profundizar, siguiendo una línea temporal en dos ámbitos: las sociedades agrarias y las industriales, donde sostiene que las primeras no cuentan con instituciones especializadas y estables que puedan mantener en orden a la sociedad, y que en las segundas, la presencia del estado resulta ser ineludible partiendo de la complejidad de los procesos industriales (1983/1991, p. 18). Incluso, en la misma página desestima directamente la pretensión del marxismo y del anarquismo de prescindir del Estado por la misma “división del trabajo y de la cooperación increíblemente compleja” (1983/1991, p.18) que requieren estas sociedades para mantener el *statu quo*.

Por su parte, Adrian Hastings (2000) considera que la idea de nación antecede por completo a la idea del Estado. Y ciertamente ubica mucho antes la creación del estado, no necesariamente a raíz de un proceso de industrialización, sino de la formación de los reinos en la edad media, surgidos a partir de la adopción del cristianismo. Para él, el nacionalismo surgiría a partir de la invención de la escritura y aventura su origen en el momento en que se escribe la Biblia.

Sostengo que las identidades étnicas se convierten de manera natural en naciones o en elementos integrantes de una nación en el momento en que su lengua vernácula específica pasa de un uso oral a uno escrito hasta el límite de ser empleada habitualmente para la producción de obras escritas, y especialmente para la traducción de la Biblia (Hastings, 2000, pp. 24-25)

Merece la pena mencionar en este momento que aunque Hastings difiere con Gellner del aspecto temporal de la formación de las naciones “modernas” -retrocediendo bastante en el tiempo- sigue teniendo un concepto por entero occidental por la simple mención de la Biblia. No la considera una más de esas tradiciones pasadas al papel, sino que comete un desliz al decir que “especialmente para la traducción de la Biblia” con lo que la coloca en el centro del debate. A final de cuentas, pese a que considera que tanto Gellner, como otros autores -entre los que cita a Hobsbawm- se equivocan al tener una idea eurocentrista, tiende a considerar al modelo británico como el que verdaderamente definiría a las naciones.

Las raíces de Gellner y Hobsbawm son centro europeas y el punto de vista que se puede tener desde Viena o Praga es diferente del de Londres o Edimburgo. Pero en una historia equilibrada del nacionalismo en su totalidad no se debe menospreciar la primacía de la experiencia de los países de la costa atlántica (Hastings , 2000, p. 24).

Por otro lado, Fernando Vizcaíno (2004) sostiene que el nacionalismo se da una vez que se crean los Estados nacionales, e incluso ubica el surgimiento del caso mexicano partiendo del consenso que se logró a raíz de la invasión norteamericana a México en 1847. Para Vizcaíno resulta fundamental la

creación de la nación antes que la del estado. Lo anterior responde a la tesis que expresa en su libro *El Nacionalismo Mexicano, en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*, donde considera que en los momentos actuales, ya no se debe hablar de Estado- nación, sino de Estado- multinación.

David Brading (1973/2004a, 1984/2004b) sin embargo, le confiere importancia a esta relación Estado- nación, pero le da sentido al aspecto de "Colonia" como una unidad que muestra características de dependencia con el colonizador, pero que a la vez, experimenta una conciencia específica que la separa de este último. Lo interesante en Brading, es que intenta explicar los orígenes del nacionalismo mexicano en el momento de la Colonia, pese a que se tratara de un gobierno dependiente de la metrópoli, más en función de aspectos de identidad y no sólo, como lo hace Vizcaíno, en función de un Estado- nación realmente constituido e independiente; contrasta con Gellner pues no se centra específicamente en un Estado derivado de la ilustración o de la revolución industrial, si no que afirma que dichos elementos constitutivos del nacionalismo, por el contrario, surgen por el simple deseo de formar parte de una nación de la que los criollos se sentían excluidos.

Siguiendo el razonamiento de Gellner, dicha constitución política -el Estado- habrá de determinar al nacionalismo, pero se encontrará intrínsecamente ligada en muchas ocasiones al concepto de nación. Menciona el autor que el nacionalismo sostiene que están hechas la una para con el otro, aunque su emergencia fuera independiente y contingente (1983/1991, p.19). Es decir, que no necesariamente surgen los dos conceptos a la par o como consecuencia uno del otro, y sin embargo, más adelante sugerirá que posiblemente en la noción moderna el término nación queda o no supeditado a la existencia del Estado. En todo caso, considera para una definición de nación dos posturas: la cultural y la voluntarista. La primera, habrá de significar que dos individuos se reconocen de una misma nación cuando comparten la misma cultura entendiendo ésta como un "sistema de ideas y signos, de asociaciones y de pautas de conducta y comunicación" (1983/1991, p. 20); la segunda, implica que ambos individuos decidan reconocerse mutuamente como pertenecientes a una nación, es decir, "las naciones hacen al hombre" (1983/1991, p. 20).

Sin embargo, descarta que los principios étnicos se sobrepongan a los intereses políticos del estado.

Más adelante, Gellner habrá de sustentar su teoría en función de diferenciar dos formas de cultura: la agraria y la post agraria o industrial. El surgimiento de la alfabetización en la etapa agraria de la humanidad constituirá un factor determinante en el desarrollo de la civilización; sin embargo, para Gellner, quien detenta en esta etapa el poder de la educación, o el control de los símbolos es una élite determinada, con lo que se coarta el entendimiento de determinados conceptos por todos los integrantes de la sociedad en su conjunto. "En la era agraria o intermedia el alfabeto es tan sólo patrimonio de unos pocos. Hay sociedades que lo poseen, pero dentro de éstas son siempre unos cuantos, nunca todos, los que saben leer realmente" (1983/1991, p. 21). Aquí encontramos coincidencias entre lo que comenta Hastings con respecto a la escritura con los argumentos de Gellner. Empero, para el primero, como hemos visto, se trata del origen de los nacionalismos, y para Gellner, tan sólo un estadio dentro de la formación de los mismos.

Resulta claro entender que, a partir de este análisis, los que detentan el poder, y por supuesto, el conocimiento del lenguaje escrito, se encontrarán en lo más alto de la pirámide social. Por tanto, se trata de una sociedad altamente estratificada, vertical y en donde las decisiones son tomadas por unos cuantos. Incluso, a partir de esta misma verticalidad, se hará hincapié en una supuesta vinculación mítica

de los gobernantes con los dioses; en otros casos, como fieles representantes de éstos en la tierra; o legitimará el poder en función de asumir el nombre de alguno de los dioses en turno, como sucede con la dinastía de los Quetzalcóatl en el mundo tolteca del Postclásico, tema que ha sido abordado por López en *Hombre-Dios, religión y política en el mundo náhuatl* (1998). En la literatura colonial indígena vemos representados estos conceptos en gran medida como una manera de conservar una memoria histórica, pero también como parte del sustrato identitario de muchas comunidades de la zona maya.

Para Gellner, el estrato social que denomina *clerecía* (1983/1991, p. 24) es el encargado de la elaboración de aquellos contenidos culturales que habrán de dar una cierta cohesión dentro del entramado social de las sociedades agrícolas. Este grupo no es otra cosa que la elite intelectual y frecuentemente se encuentra vinculada a las funciones religiosas de la sociedad. No obstante, pese a que detenta el poder de la escritura, no necesariamente habrá de compartir los conocimientos para la formación de una cultura determinada o incluso, tendrá interés en darla a conocer a los habitantes de estratos más bajos. Gellner, empero apunta:

También es verdad que hasta cierto punto a la clerecía sí le puede interesar imponer ciertas normas culturales comunes. Hay clerecías que desdeñan y muestran indiferencia hacia los usos y costumbres populares, pero otras, en pos de monopolizar el acceso a lo sagrado, a la salvación, a la terapia, etc., combaten y denigran vivamente la cultura popular y a los santones autónomos que proliferan en ella. (1983/1991, p. 24)

De lo anterior entendemos que a estas elites habrá de interesarles poner cierto orden y conciencia en torno a determinados aspectos para evitar que las particularidades específicas de cada una de las culturas que forman parte del Estado del que se trate, resulten autónomas o se contrapongan a la generalidad. Esta división clara en cuanto a los distintos usos y costumbres bien puede significar que independientemente del estado de que se trate, sea agrario o industrial, existen identidades culturales que, en conjunto, pueden constituir nacionalismos.

De cualquier manera, Gellner apunta que resulta complicado que estas culturas cuenten con “alicientes y oportunidades para aspirar al tipo de homogeneidad monocroma y difusión y predominio políticos por los que acabarán luchando con el advenimiento de la era del nacionalismo” (1983/1991, p. 27). Aunque más adelante Gellner habrá de apuntar que existen organizaciones políticas tales como ciudades Estado o imperios, e incluso, la combinación de ambos, desestima el desarrollo de sentimientos nacionalistas en este periodo a partir de una pregunta, que a la vez responde inmediatamente: “... si en nuestro mundo, conteniendo estos tipos de unidad, hay fuerzas que procuren esa fusión de cultura y estado que es la esencia del nacionalismo. La respuesta debe ser No” (1983/1991, p. 28). Ello debido a que las comunidades locales dependen del contacto local para que aquellos referentes culturales puedan tener sentido y que mientras más separados se encuentren de ese núcleo local, tienden a volverse irreconocibles, o incluso a fusionarse en otros contenidos o referentes generales. En todo caso, y aunque reconoce diversas formas de organización política, algunas como producto de relaciones de parentesco, otras como producto de conquistas, aduce como motivo central para la no consecución de nacionalismos que “En el orden agrario, tratar de imponer a todos los niveles de la sociedad una intelectualización general y una cultura homogeneizada con normas impuestas centralmente, reforzadas por la escritura sería una quimera” (1983/1991, p. 32).

No explica esta idea, empero, numerosos procesos de reconquista en Europa, o de cohesión cultural en la América precolombina que implicara defender un territorio o emprender nuevas conquistas. La idea de una determinada unidad cultural fundamentada en una identidad al menos cosmogónica en esta región ha sido ampliamente documentada en estudios como los de Miguel León Portilla (1968/2003), Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1999, 1996/2005) y Alfredo López Austin (1998). Baste mencionar en este momento, que las identidades culturales de la zona de Mesoamérica en la época prehispánica constituyeron un corpus cultural, al menos en los aspectos calendáricos y del culto a determinadas deidades, que bien pudieron generar más adelante elementos identitarios.

Gellner continúa con un capítulo dedicado a la sociedad industrial en el que expone que a partir del surgimiento de estas sociedades, ya podemos hablar de un nacionalismo moderno, como lo entendemos hasta la fecha. Propone dentro de su análisis dos aspectos relevantes como sería la consecuente división del trabajo y su expresión clara en el surgimiento de una burocracia, y la generalización de la escritura, de la alfabetización de la población en general, con lo que se despoja a la *clerecía* del poder que detentaba anteriormente. Dicha alfabetización habrá de ir de la mano con proyectos específicos de educación y por ende, quizá de un adoctrinamiento con respecto a valores y esencias nacionales. Curiosamente, es aquí donde descansa una buena parte del análisis de Gellner, en el hecho de que, fundamentado en las ideas reproducionistas de Durkheim, los sistemas educativos en el mundo moderno se encuentran estandarizados y ello permite la reproducción constante de modelos planeados a priori. Por otro lado, se fundamenta en los conceptos analizados por Kant y Hume con respecto a la idea de estado moderno, evidentemente emanado de la ilustración, a la vez que aprovecha las teorías de Weber sobre la racionalidad. Lo anterior con el objeto de determinar el nuevo sentido que se le daba al individuo, a la sociedad y por ende, al estado- nación, que se alzaba ya en el momento como el modelo idóneo a seguir. De estos dos preceptos, industrialización y educación habría de surgir el estado moderno, y siguiendo a Gellner, por supuesto, el nacionalismo.

Lo que subyace a los dos elementos del espíritu racional de los que Weber era tan consciente (método y eficacia) es algo más profundo, y bien estudiado por Hume y Kant pese a que creyeran alegremente estar investigando la mente humana en general, a saber: un patrón común, una acuñación conceptual universal, por decirlo así, para la caracterización general de las cosas; y el *esprit d'analyse*, vigorosamente preconizado y descrito ya por Descartes. [...] que no hay hechos o esferas particulares, privilegiados, aislados, protegidos de la contaminación de los demás y que vivan en espacios lógicos independientes aislados y de exclusiva propiedad. No hace falta decir que éste fue precisamente el rasgo más sobresaliente de las visiones premodernas, prerracionales (1983/1991, p. 38).

La anterior afirmación sirve para trazar una línea divisoria entre los dos momentos históricos, y por supuesto, entre las dos concepciones de nación. Por ende, entendemos que se requiere de la labor científica para comprender el momento específico en que se vive, y que la racionalidad asumida como un todo, habrá de dar los contenidos para un plan posterior que estructurará a la vez, a partir de la educación, el contenido del nacionalismo. Por supuesto, Gellner presupone el crecimiento de estas sociedades en función de la movilidad social, que como bien sabemos, se da como consecuencia de la educación; a la vez, del cambio y desarrollo constante. “Este cambio continuo y acelerado tanto del propio sistema funcional económico como de la ocupación de lugares dentro de él tiene ciertas consecuencias inmediatas y profundamente importantes.” (1983/1991, p. 41) De acuerdo a lo anterior,

difícilmente en el mundo moderno una persona que se inserta en una casilla determinada, tenderá a permanecer en ella hasta el final, por lo que, a la vez, difícilmente heredará el espacio.

Otras posturas

Lo interesante es que, de ninguna manera este modelo explica todo lo que se encuentra rodeando la formación de las naciones, y de sus nacionalismos consecuentes. Como lo considera Natividad Gutiérrez Chong en su libro *Mitos Nacionalistas e Identidades Étnicas. Los Intelectuales Indígenas y el Estado Mexicano* (2001), "... el nacionalismo² es concebido como un proceso de "ingeniería social", cuya función principal es crear una correspondencia de política, cultura y territorio como una sola entidad." (Gutiérrez, 2001, p. 26) y comenta "El supuesto modernista de que el 'Estado crea la nación' indica una invención deliberada o artificial; sin embargo, la complejidad de los sucesos étnicos e históricos comprueba el hecho de que ese proceso de construir la nación no es un simple esfuerzo mecanizado." (2001, p. 26)

De lo anterior se desprende que no sólo se puede crear el nacionalismo a partir de modelos estatales, o de condiciones históricas derivadas de procesos racionales o mentales de los creadores de nación. Se requiere que aquellos que detentan el poder comprendan el complejo entramado de una sociedad que los precede, para así, considerar la cohesión de ese grupo social en función de aquello que les da un sentido el uno para con el otro. Conceptos como etnicidad, cultura, idioma, habrán de constituirse en los elementos para el desarrollo de nacionalismos en varias partes del mundo, y concretamente en el caso mexicano. Como lo comentamos con anterioridad, para Gellner resulta fundamental la educación para que el Estado pueda suministrar los elementos base del nacionalismo; sin embargo, Gutiérrez Chong difiere pues considera que "para Smith, la durabilidad de los *factores subjetivos* enlazados al pasado cultural – factores tales como origen étnico, mitos, símbolos, leyendas y genealogías- son igualmente penetrantes ya que, desde esta perspectiva, el nacionalismo es *una forma de cultura*". (2001, p. 27)

Si consideramos lo anterior, estaríamos hablando de un sistema complejo de variantes que determinan el surgimiento de un nacionalismo más sólido, sustentado de manera cultural, con intrincados amarres dentro de una sociedad o grupo social determinados; de la manera en que lo consideran los modernistas, pareciera que se trata de un modelo vertical donde el Estado simplemente existe y determina como una de sus múltiples formas de subsistencia la creación del nacionalismo. Indudablemente en ciertas latitudes lo anterior pudo llevarse a la práctica, aunque intuimos que de manera poco convincente. Consideramos, al menos, que el caso mexicano no está dentro de este modelo. Bien podría comentarse que primero surge en México un Estado nación, y más adelante los preceptos del nacionalismo en nuestro país; empero, como veremos más adelante, estudios como los de Brading (1973/2004 a y 1984/2004 b), Florescano, Enrique (1996/2003), Gutiérrez Chong (2001) y el mismo López, (1998, López y López, 1999 y 1996/2005) determinan que los posibles elementos iconográficos y discursivos del nacionalismo en nuestro país se ubicarían en momentos anteriores a la creación misma del Estado mexicano.

A este respecto, Fernando Vizcaíno comenta que "... en muchos países, quizá a causa de la tradición autoritaria y centralista, o por la pobreza de la provincia y de las minorías, el nacionalismo casi siempre

² Se refiere a la visión modernista, de la cual Gellner es digno representante. El representante de la corriente contraria, la Histórico Culturalista, sería el alumno de Gellner, Anthony D. Smith

fue un instrumento exclusivo del Estado.” (Vizcaíno, 2004, p. 9) Para él, Gellner se equivoca al definir al Estado como el detentor del nacionalismo y considera que el punto central está en la nación:

A partir de finales de los años setenta, en cambio, comenzó a ganar importancia la tesis según la cual la condición fundamental era la nación, no el Estado (Smith, 1983). [...] Allí donde hay una nación, entendida ésta como pueblo o cultura, puede haber un nacionalismo, lo cual implica, a su vez, que Europa ha dejado de ser el eje histórico del devenir del fenómeno. (Vizcaíno, 2004, p. 11)

En su estudio, Vizcaíno centra su atención en los nacionalismos actuales, impactados por las características de la globalización y de los cambios fundamentales vividos a finales del siglo pasado, tales como la caída del muro de Berlín, y el desmoronamiento del bloque del este. Ello necesariamente ha traído que los estudios se agrupen en “el nacionalismo étnico y los movimientos por la autonomía o la secesión” (2004, p. 35). Sin embargo, a él le interesa proponer un “concepto de nacionalismo que reconozca, por una parte, la nación (en el sentido de cultura) y, por otra, el Estado; en otras palabras, que explique tanto el nacionalismo de las minorías como el nacionalismo de Estado, así como la relación entre uno y otro” (2004, p. 36).

Resulta interesante a la vez, que Vizcaíno contempla como reales aquellos aspectos socioculturales que, en sociedades en formación, o naciones en formación, habrán de constituirse más adelante en el corpus de su propio nacionalismo. Él considera que el nacionalismo es precisamente la exaltación de estos fenómenos, a través de los “medios de comunicación, la propaganda política, la educación pública y todo aquello que contribuye a imaginar la comunidad y elaborar la memoria colectiva.” (2004, p.39) Claro está, que la exaltación de estos elementos viene dada a partir de elites en el poder, o que desean obtenerlo, y aunque pareciera caer en el mismo planteamiento de Gellner, no es así, pues toma en consideración estos elementos previos a la formación del Estado.

A la vez, quizá se encuentra en un lugar entre los modernistas y los histórico- culturalistas. Reconoce por un lado la construcción del Estado Nación en nuestro país y su consecuente nacionalismo³, pero le concede un lugar importante a la formación de la nación como una coincidencia de factores culturales que la constituyen, y que a final de cuentas resulta un antecedente del Estado mismo.

Enrique Florescano en su *Etnia, Estado y Nación* (2003), no se adentra por completo a la discusión teórica y sólo aprovecha en el prólogo algunas de las teorías tanto de Gellner como de Hobsbawm sin profundizar en el asunto. Utiliza el sentido del reconocimiento mutuo entre miembros de un grupo humano que utiliza Gellner para más adelante decir, parafraseando a David L. Sills:

De esta definición se desprende ‘la nacionalidad no es una característica innata, sino el resultado de un proceso de aprendizaje social y de formación de hábitos’. De ahí que se diga, asimismo, que ‘el nacionalismo (es decir, el deseo de formar o sostener un

³ Él ubica el inicio del nacionalismo en México durante y posterior a la Invasión Norteamericana de 1847, donde, a fuerza de la amenaza, los pertenecientes a esta recién formada nación entendieron la necesidad de cohesión. Sin embargo, podemos claramente ver ciertas discrepancias en cuanto a la forma de entender el nacionalismo en construcción en esos años, pues pareciera una contradicción por parte del grupo conservador apoyar la Intervención Francesa. De acuerdo a su concepción, no estarían minando el progreso del Estado al traer a un gobernante extranjero, por el contrario, contribuirían al traer orden al caos imperante con un gobernante capaz, no importando que no fuera mexicano.

Estado nacional) ha sido anterior, muchas veces, al surgimiento de la nación.'
(Florescano, 1996/2003, p. 15)

Comenta que para los políticos mexicanos posteriores a la Independencia, se transformó en obsesiva la necesidad de llegar a definir lo anterior, de constituir una nación donde todos se vincularan a partir de objetivos y conceptos comunes. Para el estudio que realiza, que indudablemente trata de una reivindicación del mundo indígena ante los embates del México independiente, es pertinente que considere las posturas de los modernistas, pues finalmente, en México, como en otras latitudes, el Estado se apropió del discurso y de los elementos del mismo, ya para cohesionar a la población en un momento determinado, ya para consolidar su dominio. Por supuesto, en el proceso, las clases dirigentes "al hacer suyo el modelo europeo de nación, demandaron que las etnias, las comunidades y los grupos tradicionales que coexistían en el país se ajustaran a ese arquetipo. Así, cuando los indígenas o los campesinos no se avinieron a esas demandas, el gobierno descargó todo el peso del Estado sobre ellos..." (Florescano, 1996/2003, p. 16) Sin embargo, constituyó su investigación haciendo una revisión del México prehispánico, la Colonia y el México independiente del siglo XIX, con lo que ubicaría el origen de los elementos constitutivos del nacionalismo mexicano anteriores a la formación del Estado mexicano como tal. Continúa su trabajo en *Imágenes de la Patria*(2005), donde hace una revisión interesante y ampliamente apoyada por imágenes sobre la iconografía de lo nacional, de la patria y contrastando este análisis visual con los ideólogos detrás de todo el proceso. Algo similar, realiza en los otros dos textos ya clásicos en su bibliografía *Memoria Indígena*(1999) y *Memoria Mexicana*(1987/2004); la primera, para entender los procesos por los cuales se han conservado los imaginarios indígenas en el país, y el segundo para determinar el avance del mundo mestizo y su consecuencia en la formación del nacionalismo mexicano.

Lo mismo encontraremos en el caso de Brading, que no se ocupa en discutir teóricamente el concepto de nacionalismo, sino que inmediatamente se adentra al estudio del caso mexicano obviando el concepto. Tanto su libro *Los Orígenes del Nacionalismo en México* (1973/2004a), como el de *Mito y Profecía en la Historia de México*(1984/2004b), se ocupan en analizar el fenómeno mexicano en sus vertientes más localistas y específicas, ubicándolas de adentro hacia afuera en el contexto internacional, o de dependencia hacia el colonizador y Europa en general. Al centrarse en aspectos tales como la expresión cultural derivada de la construcción de una conciencia criolla en la colonia, o el entendimiento de los mitos de Quetzalcóatl y Guadalupe y uno de sus más acérrimos defensores, Fray Servando Teresa de Mier, logra colocar el origen de una conciencia de lo nacional antes siquiera de la Revolución de Independencia. Como ejemplo, valga citar lo siguiente que pertenece a *Los Orígenes del Nacionalismo...*,

La cristiandad americana se originaba no a partir de los esfuerzos de los misioneros españoles, por admirables que éstos fueran, sino gracias a la intervención directa y el patrocinio de la Madre de Dios. El que hubiera elegido a un indio como testigo de su aparición magnificó su calidad nativa y americana. Tanto criollos como indígenas se unieron en la veneración de la Guadalupana. Había surgido un gran mito nacional mucho más poderoso, porque tras él se hallaba la devoción natural de las masas indígenas y la exaltación teológica del clero criollo (Brading, 1973/ 2004a, p. 27).

Esto, que no es más que un ejemplo, nos lleva a visualizar al nacionalismo como un sistema complejo de relaciones socioculturales tendientes al equilibrio entre el poder y los usos y costumbres de un lugar

determinado; el poder político, ya se trate de una ciudad Estado prehispánica, España y su administración a distancia, o un gobierno liberal o conservador en el siglo XIX, tenderán a aprovechar aquello que les sirva, y a desechar aquello que les estorbe. Ya como lo denuncia Florescano, o como lo plantea Brading, el Estado o aquellos que deseen hacerse del mismo, buscarán vincularse con aquello que les dé contenido y sustento ante la masa; aquello que logre conglomerar los deseos de la población a gobernar en torno a su proyecto y no a otro.

Octavio Paz describe en el prólogo al libro de Jacques Lafaye *Quetzalcóatl y Guadalupe, La Formación de la Conciencia Nacional*(2002) las características de la Nueva España, espacio donde para varios se centra el origen del nacionalismo mexicano:

Nueva España: este nombre recubre una sociedad extraña y un destino no menos extraño. Fue una sociedad que negó con pasión sus antecedentes y antecesores – el mundo indígena y el español- y que, al mismo tiempo, entretejió con ellos relaciones ambiguas; a su vez, fue una sociedad negada por el México moderno. México no sería lo que es sin Nueva España, pero México no es Nueva España. Y más: México es su negación. (en Lafaye, 1974/2002, p.13)

Paz no entra en la pléyade de teóricos que han estudiado el aspecto del Nacionalismo entendiendo sus elementos a partir de la sociología o de la ciencia política; al contrario, trató de analizar el problema de lo mexicano, lo propio a cada una de las naciones en función de su expresión, de su arte, su literatura y por supuesto, de su vida cotidiana. Difícil sería entender el nacionalismo inglés sin un Sir Walter Scott y su Ivanhoe; o quizá comprender el nacionalismo irlandés sin la influencia de lo celta; o el nacionalismo alemán sin Goethe y su romanticismo. Vizcaíno suma a Paz a una larga nómina de estudiosos sobre el tema en México (entre los que se encuentran Samuel Ramos, Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, José Vasconcelos) y considera sus juicios ya en cierta manera rebasados. Quizá por la falta de rigor, quizá por su profesión, lo cierto es que en ocasiones se consideraría prescindible el trabajo de filósofos y escritores. Se cometería un tremendo error, pues quizá, como deja entrever Paz en este prólogo, aquello que le es irrenunciable al estudio de lo nacional en cualquier sitio, es el reino de lo etéreo. Y cita a Ortega y Gasset diciendo que “La sustancia de la historia, su meollo, no son las ideas sino lo que está debajo de ellas: las creencias”(en Lafaye, 1974/ 2002, p.12).

Sin embargo, habría que considerar la contradicción que plantea Paz en la cita anterior, aquella de la negación de un modelo, pero que a la vez, a partir de esa negación, el nuevo queda totalmente determinado por su predecesor. En todo caso, es de revisar la pertinencia a la fecha de su libro el *Laberinto de la Soledad* (1950/2003) que, independientemente que fuera publicado hace años ya, conserva una vigencia sorprendente para el entendimiento del fenómeno del nacionalismo. Sobre todo el considerar los elementos culturales y artísticos que se encuentran como argamasa de la simbología de lo nacional, y su penetrante visión del ser mexicano, a la par de incómoda, reveladora.

Jacques Lafaye comenta a su vez, hablando de lo que constituye el centro de su análisis en el libro anteriormente citado, Tonantzín por un lado y Quetzalcóatl por el otro, que al inicio de la colonización y posteriormente en los subsecuentes siglos, habrían de constituirse como piedra angular del patriotismo criollo: “Esas preocupaciones relacionadas con las poblaciones indígenas de la América recientemente descubierta por los europeos corresponden a un primer momento de la formación de una conciencia americana; eran inseparables de la búsqueda de una vía de salvación para los indios” (Lafaye,

1974/2002, p.30). Lafaye no entra tampoco al debate del problema del origen del término nacionalismo. Sin embargo, plantea su postura con respecto a la investigación que realiza, puntualizando que se trata de un estudio fenomenológico más que uno de corte “estructuralista” o “funcionalista”, con lo que, en cierta manera, renuncia a analizar del todo a la superestructura para adentrarse en la “” (1974/2002, pp. 32-33), concepto acuñado por Miguel de Unamuno para referirse a la historia de las comunidades, de los pueblos, que generalmente es expresada por la oralidad y que a la vez, generalmente es ignorada por la historia oficial. Habrá que considerar los elementos de la sociedad colonial y la influencia que sus antecedentes como el mundo prehispánico y España tienen que ver con la formación de esa conciencia; empero, habrá de verlos siempre a la luz de estos fenómenos, que de suyo, son representaciones culturales básicas, representaciones eminentemente religiosas.

Otro mexicano que ha entrado en la discusión sobre los temas relacionados con el nacionalismo es Roger Bartra. En uno de los ensayos en su *Oficio Mexicano* (1993/2003) de título *La crisis del nacionalismo*, penetra en las fibras de la decadencia del mismo y realiza una radiografía de aquello que ha afectado a su constitución y lo ha mermado hasta llegar a lo que tenemos el día de hoy. Sin embargo, se tiende mucho a la tesis de Gellner de que el Estado determina al nacionalismo viéndolo en función del sistema que operó a lo largo de casi todo el siglo XX en México a partir del ascenso al poder de los remanentes de la Revolución de 1910, y su posterior institucionalización con el antecedente del PRI, el Partido Nacional Revolucionario.

Una de las ideas más extendidas en las ciencias sociales es la que explica el nacionalismo como un instrumento para resolver los conflictos sociales y como un medio de dominación. El hecho evidente de que el nacionalismo, en incontables ocasiones, cumple una función legitimadora de los sistemas políticos modernos, le agrega un aura de certidumbre a esta idea. (Bartra, 1993/2003, p. 95)

Consideración final

Como vemos, existen múltiples visiones en torno al nacionalismo, su origen y sus posibles ramificaciones en las diferentes sociedades que integran la historia del globo. Esas visiones deben ser contrastadas con los hechos y las particularidades de México y su historia. No pretendemos avenirnos a uno de los dos; sin embargo, consideramos más pertinente el modelo de Smith para explicar las particularidades de nuestro nacionalismo, y apoyarnos en el de Gellner para exponer la cuna ideológica de la formación del nacionalismo a partir de las ideas del Estado mexicano surgido de la Revolución de 1910. Finalmente, México es constituido a imagen y semejanza de los Estados nación surgidos a partir de la Ilustración, en consonancia con el modelo político de los Estados Unidos, y con los valores de la Revolución Francesa, y posteriormente del Liberalismo Económico y político. Las herencias provenientes de los gobiernos del siglo XIX impactan de manera sólida en la elaboración tanto de la Constitución de 1917, como ya en la práctica de los gobiernos posteriores a la consolidación del modelo revolucionario. Por tanto, vemos que el modelo que plantea Gellner es factible para el análisis del nacionalismo mexicano del siglo XX en tanto que desde el Estado mismo se fueron delineando los elementos constitutivos del mismo; a la par, vemos que, en concordancia con el análisis de Gellner, el estado ocupó a la educación y a determinados movimientos artísticos para la transmisión de estos conceptos. Ya sea que el Estado mexicano buscara próceres, ya que buscara símbolos, se trata de un proceso que tiene raíces profundas en los momentos anteriores a la Independencia, y que a lo largo del XIX habrá de irse consolidando hasta arrojar

elementos interesantes que bien serán aprovechados por los hombres que construyen nuestra idea de lo nacional. Nos referimos concretamente al proyecto *vasconcelista*, a sus seguidores en la Escuela Mexicana de Pintura, y a los modelos educativos y sus contenidos. También la literatura y varios hombres que se dedicaron a tratar de exponer lo mexicano en cada una de sus obras, ya sea rescatando tradiciones anteriores como el mismo Ermilo Abreu hace con Sor Juana (Paz, 1982/1998), o más adelante, proponiendo un distinto discurso enmarcado en el indigenismo con el objeto de dotar al incipiente nacionalismo mexicano de los años cuarenta del siglo XX, de elementos de lo indígena. *Canek* de Abreu Gómez o *El Resplandor* de Mauricio Magdaleno son ejemplos en este sentido.

Vemos, al igual que Vizcaíno y que Gutiérrez, que los nacionalismos se forman a partir de las expresiones culturales, sustento innegable de su constitución. Estos elementos han de tener un desarrollo en ocasiones a la par de la formación del Estado y en otras, independientemente del mismo. Sin embargo, coincidimos de igual manera que el Estado mexicano, concretamente en el siglo XX, se manifiesta como el detentor natural de lo nacional, y habrá de seleccionar entre la amplia gama de expresiones y símbolos culturales de nuestra región para generar un corpus simbólico que diera sustento a los grupos surgidos de la Revolución Mexicana. Por tanto, es importante comprender aquellos elementos que fueron aprovechados por los grupos de poder desde el pasado novohispano para lograr cohesión en torno a aspectos específicos (como el patriotismo criollo), y que más adelante fueron aprovechados también por el naciente Estado mexicano. Igualmente, los elementos prehispánicos que se sumarán al discurso indigenista desarrollado en las administraciones post revolucionarias desde el Estado mismo, apoyado como hemos comentado, por políticas educativas, artísticas y culturales.

Referencias

- Bartra, Roger (1993/2003). *Oficio Mexicano*. México: CONACULTA.
- Brading *Los Orígenes del Nacionalismo Mexicano*. México: ERA
- Brading, David (1984/2004b). *Mito y Profecía en la Historia de México*. México: CFE.
- Florescano, Enrique (1999). *Memoria Indígena*. México: Taurus.
- Florescano, Enrique (1996/2003). *Etnia, Estado y Nación*. México: Taurus, 2da. Reimpresión.
- Florescano, Enrique (1987/2004). *Memoria Mexicana*. México: FCE.
- Florescano, Enrique (2005). *Imágenes de la Patria a través de los Siglos*. México: Taurus.
- Gellner, Ernest (1983/1991). *Naciones y Nacionalismo*. México: CONACULTA.
- Gutiérrez Chong, Natividad (2001). *Mitos Nacionalistas e Identidades Étnicas; los Intelectuales Indígenas ante el Estado Mexicano*. México: CONACULTA.
- Hastings, Adrian (2000). *La Construcción de las Nacionalidades*. España: Cambridge University Press.
- Lafaye, Jacques (1974/2002). *Quetzalcóatl y Guadalupe, la Formación de la Conciencia Nacional*. México: FCE.
- León-Portilla, Miguel (1968/2003). *Tiempo y Realidad en el Pensamiento Maya*. México: UNAM, 4ta. Ed.

López Austin, Alfredo (1998). *Hombre-Dios, religión y política en el mundo náhuatl*. México: UNAM.

López Austin, Alfredo y López Luján, Leonardo (1999). *Mito y Realidad de Zuyuá, serpiente emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*. México, COLMEX– FCE.

López Austin, Alfredo y López Luján, Leonardo (1996/2005). *El pasado indígena*. México: CFE, COLMEX.

Paz, Octavio (1982/1998). *Sor Juana Inés de la Cruz, Las trampas de la fe*. México: CFE.

Paz, Octavio (1950/2003). *El laberinto de la soledad*. México-España: Cátedra, 10ma. Edición.

Vizcaíno, Fernando (2004). *El Nacionalismo Mexicano, en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. México: UNAM.

Historia editorial

Recibido: 14/05/2010

Aceptado: 17/10/2010

Formato de citación

León O'Farrill, Israel (2010). Nacionalismo Mexicano, algunas aproximaciones. *Athenea Digital*, 19, 213-225. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/737>.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)